

## *Historia de las mujeres y de género: pasado y futuro*

*Resumen:* Durante las últimas cuatro décadas, la historia de las mujeres y de género se ha consolidado como campo de investigación, colaborando a entender mejor el pasado, planteando nuevas preguntas, temas y metodologías. Pero esta rama de la historia ha sufrido ella misma importantes cambios. En este artículo evaluaremos su evolución desde los años setenta y miraremos hacia el futuro. Para ello, hemos invitado a cuatro reconocidos/as especialistas en la materia a participar en una conversación *online*. Les hemos preguntado, entre otras cuestiones, sobre los logros alcanzados y los problemas enfrentados; sobre el concepto de género; sobre la legitimidad obtenida en el conjunto de la disciplina, así como sobre nuevas líneas de trabajo tales como la historia de las masculinidades.

*Palabras clave:* historia de las mujeres, historia de género, historiografía.

*Abstract:* Over the last four decades, women's and gender history has flourished. Scholars of these two areas of research have collaborated to better understand the past, to renovate methodologies, and to introduce new questions, topics and lines of research. But the field has undergone profound changes. In this article, we will discuss its evolution since its emergence in the 1970s, and look toward future developments. In order to do so, *Ayer* has invited four renowned historians to participate in an online conversation. Among other things, we have asked them about achievements and challenges; whether the concept of gender has dissipated the subversive impetus of women's history; and about its legitimacy within «mainstream» history. We have also surveyed their opinions on new avenues of historical inquiry such as masculinity studies.

*Keywords:* Women's History, Gender History, Historiography.

*Ayer* inaugura una nueva sección denominada *Debate*, que periódicamente sustituirá a la de *Hoy*. El objetivo de esta nueva sección es posibilitar la conversación *online* de especialistas que intercambiarán opiniones sobre temas relevantes para la historia contemporánea. Para esta primera entrega, el tema elegido ha sido el de la historia de las mujeres y de género.

Tras casi medio siglo desde sus inicios, la historia de las mujeres y de género ha demostrado ser uno de los enfoques más fructíferos para el análisis del pasado. En este primer *Debate* hemos reunido a cuatro reconocidos/as especialistas de este campo y les hemos preguntado sobre la evolución de este ámbito historiográfico, sobre su diagnóstico de la situación actual y sus visiones de futuro. Participan, Mary Nash, profesora de la Universidad de Barcelona (nash@ub.edu); Dolores Ramos, profesora en la Universidad de Málaga (mdramos@uma.es); Inmaculada Blasco, profesora en la Universidad de La Laguna (iblasco@ull.es), y Richard Cleminson, profesor de la Universidad de Leeds (r.m.cleminson@leeds.ac.uk). El debate tuvo lugar entre el 5 de noviembre de 2015 y el 17 de enero de 2016.

*AYER:* A finales de los años ochenta del pasado siglo, Gisela Bock planteaba que la historia de las mujeres y de género no está definida tanto por sus métodos como por las preguntas que plantea. Con ello, podemos afirmar que la historia de las mujeres nació especialmente vinculada a la historia social, aunque esta relación no estuviera exenta de importantes tensiones. ¿Qué balance realizáis de aquellos comienzos? ¿Qué influencia ha tenido esta vinculación en el desarrollo posterior de la historia de las mujeres y de género?

INMACULADA BLASCO: Creo que Mary Nash y Lola Ramos podrán responder mejor a esta cuestión, pero, en mi opinión, fue más bien la historia social renovada, es decir, la que resultó del intenso debate que tuvo lugar en el seno del marxismo británico, la que más contribuyó al impulso de la historia de las mujeres. Esta nueva historia fue la que abrió muchas puertas para que la historia de las mujeres renovara sus temáticas y también sus métodos. Matizaría en este sentido lo que decía Bock, pues mi visión es que si planteamos nuevas preguntas es porque aplicamos nuevos enfoques teóricos, y esto implica el uso de otras metodologías para tratar las fuentes.

A la hora de elaborar un potencial balance de aquellos años setenta y ochenta del siglo pasado, un asunto que me parece fundamental es el de la imbricación de la teorización feminista (que se estaba realizando en el ámbito de la filosofía, la ciencia política, etc., pero también en el seno de los movimientos de liberación de la mujer) con los presupuestos teóricos de la historia social. Para la historia de las mujeres de los setenta y ochenta, igual que para la historia social, existía una esfera socioeconómica a la que se le atribuía un carácter objetivo, que determinaba/condicionaba la acción de los sujetos, la ideología, la cultura, etc. Lo que puso en cuestión inicialmente la historia de las mujeres fue que las relaciones sociales estuvieran organizadas exclusiva o preferentemente en torno a la clase social. Además de la clase, decían, está el sexo como una relación social que oprime, subordina y excluye. En este sentido, el impacto del concepto de patriarcado en la historia social de las mujeres resultó central para el desarrollo de esta crítica a la preeminencia de la clase en la historia social, pero al mismo tiempo fueron conceptos (clase y patriarcado) que experimentaron una reformulación similar, al menos en el marco de la historiografía marxista británica.

La renovación de la historia social, que introdujo la flexibilización del esquema dicotómico de la historia social, favoreció así la apertura de un enorme campo de investigación a la historia de las mujeres a partir del desplazamiento de la atención hacia cuestiones culturales y hacia el protagonismo de los sujetos en la explicación.

DOLORES RAMOS: Después de leer la respuesta de Inmaculada Blasco, me reafirmo en la necesidad de tener en cuenta nuestra biografía individual e intelectual, nuestra biografía colectiva, nuestras experiencias como feministas e historiadoras, a la hora de abordar las cuestiones planteadas. Para mí, que hice una tesis de historia social clásica<sup>1</sup>, influida por los planteamientos renovadores de Thompson, Hobsbawm y Genovese, entre otros historiadores, el descubrimiento en los archivos y hemerotecas de las mujeres como sujetos y agentes sociales constituyó una revelación. Y fue ese «conocimiento» el que me llevó, efectivamente, a plantear nuevas preguntas y a encontrar en la teoría feminista las herramientas que

---

<sup>1</sup> María Dolores RAMOS: *Burgueses y proletarios malagueños. Lucha de clases en la crisis de la Restauración*, Córdoba, Ediciones La Posada, 1991.

necesitaba para responderlas, y para seguir preguntando y trabajando... Es aquí, desde el punto de vista conceptual y metodológico, donde los trabajos de Gerda Lerner<sup>2</sup> sobre el patriarcado, los de Louise Tilly y Joan Scott<sup>3</sup> sobre las tres grandes estructuras (mujer, familia y trabajo) y la teoría de las esferas, los planteamientos de Temma Kaplan<sup>4</sup> sobre la «comunidad de las mujeres», la «conciencia femenina» y sus relaciones con la conciencia de clase, o el propio concepto de género de Scott<sup>5</sup>, en sus primeras acepciones, antes de producirse el giro posmoderno, contribuyeron a marcar una doble línea de ruptura que afectaría, por un lado, a la historia de las mujeres y, por otro, a la historia social.

Algunas obras de Mary Nash nos aproximaron al ámbito del feminismo anglosajón<sup>6</sup>; las importantes aportaciones de carácter pionero de Rosa Capel sobre la educación y el trabajo de las mujeres españolas<sup>7</sup>, el impacto que produjo la revisión de la historia y el pensamiento occidental a la luz de planteamientos no androcéntricos expuestos por Amparo Moreno en el libro *El arquetipo viril en la Historia...*<sup>8</sup>, toda esa producción está ahí, en el fondo de nuestra práctica docente e investigadora. Por eso reivindicó al escribir estas líneas la labor de estas autoras y con ello la necesidad de reconstruir una genealogía de historiadoras feministas y de revisar las sucesivas narrativas y capas de conocimiento que dieron lugar a nuevas formulaciones.

Ahora bien, si nos ceñimos al segundo eje, el de historia social a secas, y examinamos sus aportaciones con detenimiento, consta-

---

<sup>2</sup> Gerda LERNER: *La construcción del patriarcado*, Barcelona, Crítica, 1990.

<sup>3</sup> Louise TILLY y Joan W. SCOTT: *Women, Work and Family*, Nueva York, Holt, Rinehart and Winston, 1978.

<sup>4</sup> Temma KAPLAN: «Conciencia femenina y acción colectiva: el caso de Barcelona, 1910-1918», en James AMELANG y Mary NASH (eds.): *Historia y género. Las mujeres en la Europa Moderna y Contemporánea*, Valencia, Alfons el Magnànim, 1990, pp. 267-295.

<sup>5</sup> Joan W. SCOTT: «El género: una categoría útil para el análisis histórico», en Joan W. SCOTT: *Género e Historia*, México, FCE-UACM, 2008, pp. 48-74.

<sup>6</sup> Mary NASH (ed.): *Presencia y protagonismo. Aspectos de la Historia de la Mujer*, Barcelona, Ediciones del Serbal, 1984.

<sup>7</sup> Rosa M. CAPEL: *El trabajo y la educación de la mujer en España (1900-1930)*, Madrid, Ministerio de Cultura, 1982.

<sup>8</sup> Amparo MORENO SARDÀ: *El arquetipo viril protagonista de la Historia. Ejercicios de lectura no androcéntrica*, Barcelona, La Sal, 1987.

taremos hasta qué punto, se reconozca o no, están infiltradas o han sido reelaboradas desde los planteamiento de la historia de las mujeres, la historia de género y la historia feminista.

MARY NASH: En línea con los matices introducidos por Inmaculada Blasco y Dolores Ramos, quería añadir otros elementos al debate en el sentido de reforzar la idea de la importancia de nuevos interrogantes a la historia como motor de desarrollo de nuevas categorías analíticas y de apertura de horizontes metodológicos más complejos para historiar el pasado. En estos términos, escribí en 1984 sobre la coincidencia de intereses entre la historia de las mujeres y la historia social al señalar que fue una relación complementaria<sup>9</sup>. Afirmé entonces que al suscitar nuevos interrogantes, la historia de las mujeres había obligado a la historia social a ampliar sus perspectivas y elaborar una metodología más apropiada. Seguramente se trata de palabras muy atrevidas hace más de treinta años marcando la perspectiva de una historiadora feminista y de una historia de las mujeres emergente frente a la consolidada y reconocida historia social. Con mayor perspectiva histórica, me parece aún relevante el hecho de que muchas de las historiadoras que impulsaron una historia de las mujeres en los años 1970 y principios de los 1980, como Joan Scott, Louise Tilly, Michelle Perrot o Natalie Zemon Davis o yo misma, procedían del campo de la historia social<sup>10</sup>. Fue su interés en cambiar el paradigma sobre la ausencia de las mujeres en las narrativas históricas lo que les llevó a una historia social en clave femenina.

La historia social fue el escenario inicial que facilitó estos debates historiográficos y el cuestionamiento de los paradigmas de la historia tradicional. La conjunción entre la historia social y la teoría feminista fue relevante para la creación posterior de categorías analíticas innovadoras y complejas aplicadas al quehacer histó-

---

<sup>9</sup> Mary NASH: *Presencia y protagonismo...*

<sup>10</sup> Gisela BOCK: *La mujer en la historia de Europa. De la Edad Media a nuestros días*, Barcelona, Crítica, 2001; Gerda LERNER: *The Creation of Patriarchy*, Nueva York, Oxford University, 1986; Mary NASH: *Rojas. Las mujeres republicanas en la guerra civil española*, Madrid, Taurus, 2006; Joan SCOTT: «El género: una categoría útil...», y Mary NASH: «La emoción del diálogo con la gente del pasado. Una conversación con Natalie Zemon Davis», *Historia Social*, 75 (2013), pp. 65-94.

rico, como el género o patriarcado, desarrolladas por historiadoras como Boch, Scott, Zemon Davis o Gerda Lerner desde principios de los 1980.

La renovación de la historia social fue decisiva al facilitar nuevas herramientas analíticas en este proceso de igual modo que las teorías y prácticas feministas de los años 1970. A mi modo de ver, fue muy influyente la obra de E. P. Thompson y especialmente la noción de experiencia vivida no sólo en los avances de la historia social, sino en la historia de las mujeres de la época. Así, el estrecho vínculo entre la historia social renovada y la historia de las mujeres introdujo nuevos marcos conceptuales y, como señala Inmaculada Blasco, la apertura de campos de investigación más allá del movimiento obrero o de la historia económica y del trabajo. En todo caso, esta alianza inicial no estuvo exenta de resistencias. Aspectos como el difícil reconocimiento en la práctica historiográfica de la centralidad de las mujeres como sujetos de transformación histórica o la reconsideración del obrerismo como escenario clave de la historia social marcaron tensiones y debates.

Por otra parte, los contextos históricos marcan la trayectoria de la historia de las mujeres y del género. En el caso de la historiografía española, la historia social y la historiografía marxista tuvieron un gran impacto al sellar las referencias respecto a una historia en clave de resistencia que cuestionaba el franquismo. A diferencia de otros países europeos como Italia o Francia, la historia de las mujeres que emergió en los años 1970 se ubicaba en el marco de una historia de signo político que impulsaba parámetros interpretativos históricos desde las coordenadas de la izquierda y de la oposición a la dictadura franquista y de la recuperación de las voces reprimidas de las mujeres.

*AYER:* La historia de las mujeres destinada a dar visibilidad a su contribución en las sociedades pasadas, algo que se ha denominado en ocasiones historia «contributiva», ha cumplido un papel importante en la historiografía. ¿En qué punto nos encontramos ahora? ¿Pensáis que se trata de un enfoque superado? ¿Continúa siendo necesario?

*DOLORES RAMOS:* Me parecen muy pertinentes estas cuestiones, en sí mismas, y también en relación con la historia comparada de

las mujeres planteada recientemente, entre otras historiadoras, por Anne Cova<sup>11</sup>. La historia contributiva ha dado visibilidad en Occidente a las mujeres como agentes sociales, mostrando aspectos relacionados con la conciencia individual y social, o la incardinación femenina en diferentes movimientos sociales. Pero más allá de la participación de las mujeres en ellos, esta corriente historiográfica nos ha permitido comprobar cómo la agencia social es un aspecto básico para «rehacer» la subjetividad de las mujeres, incidir en la reconstrucción de sus identidades y transformar los papeles de género. En este sentido, los procesos de reconstrucción sociocultural que contribuyen a redefinir dichos aspectos no han cesado, tanto en el mundo occidental como en otras sociedades. Me gustaría poner el punto de mira en ellas, ya que la globalización implica la necesidad de introducir diferentes miradas y perspectivas para analizar la «otredad». Si el libro de Gisela Bock *Las mujeres en la Historia de Europa* constituyó un difícil reto para su autora y un logro a la hora de valorar un largo periodo histórico, estamos emplazadas/os, si queremos debatir sobre «historia contributiva», a mirar al sur y buscar la otra orilla del Mediterráneo. Las historiadoras de los países del Magreb y de Oriente Próximo están rescatando y haciendo visibles a las mujeres de sus respectivas sociedades, ciertamente con más herramientas analíticas de las que dispusieron sus colegas europeas en los años setenta. Están mostrando la implicación de las mujeres en las luchas anticoloniales y poscoloniales, en los movimientos educativos y de reforma de las leyes civiles y religiosas, examinando los orígenes y la evolución de los feminismos en sus respectivos países, las contradicciones de la modernidad, las huellas multiculturales, la dialéctica laicismo/islamismo y el enorme lastre que representan los sectores radicales tanto en el sentido religioso como en el político... Los trabajos de Lila Abu-Lughod y Deniz Kandiyoti<sup>12</sup>, por citar un par de nombres, son encomiables. Pero ¿cómo catalogarlos?: ¿Historia contributiva? ¿Historia de género? ¿Historia cruzada? ¿Historia comparada? ¿Historia de las mujeres a secas?

---

<sup>11</sup> Anne COVA (ed.): *Historia comparada de las mujeres. Nuevos enfoques*, Oviedo, Trabe, 2012.

<sup>12</sup> Véase Lila ABU-LUGHOD (ed.): *Feminismo y modernidad en Próximo Oriente*, Madrid, Cátedra, 2002.

INMACULADA BLASCO: Por ceñirme a las tres preguntas que formula *Ayer*, yo diría que la historia de las mujeres que practica-mos actualmente sigue, en gran medida, implicada en el proyecto académico y político de dar visibilidad a las mujeres en el relato histórico. Aunque, como en la anterior cuestión, y como ha remar-cado Lola Ramos, habría que matizar según contextos geográficos y nacionales. En gran medida, esto es así porque rescatar a las mu- jeres del pasado (como ya es clásico simbolizar a través de los títu- los señeros de la historia de las mujeres anglosajona: *Becoming Vi- sible, Hidden from History o Retrieving Women's History*)<sup>13</sup> fue y sigue siendo, junto a la búsqueda de las causas y modalidades de subordinación femenina, el principal objetivo de la historia de las mujeres. Ahora bien, se podría afirmar que se han producido cam- bios en la forma de dar visibilidad a las mujeres del pasado. O, di- cho de otro modo, habría que preguntarse qué es lo que diferen- cia la investigación de los años setenta y ochenta del siglo pasado de la que se ha producido en el presente siglo, o más bien desde la última década del xx. Entre otros cambios de tipo metodológico y teórico, creo que las propuestas desesencializadoras de Denise Ri- ley y sobre todo de Joan W. Scott (porque esta segunda ha tenido más difusión e impacto sobre las diferentes historiografías naciona- les) han contribuido en gran medida a repensar implícitamente el acto de «visibilizar» a las mujeres<sup>14</sup>.

Lo que podemos comprobar en buena parte de la historiografía reciente es que se han ido incorporando las reflexiones acerca de la historización de la categoría *mujeres* (que se sustentan, en buena parte, sobre la diseminación del concepto de género) y también, aunque en menor grado, la crítica a la transparencia de la experien-

---

<sup>13</sup> Renate BRIDENTHAL, Claudia KOONZ y Susan STUARD (eds.): *Becoming Visible: Women in European History*, Boston, Houghton Mifflin, 1987; Sheila ROWBOTHAM: *Hidden from History. 300 Years of Women's Oppression and the Fight Against It*, Londres, Pluto Press, 1975, y Jay KLEINBERG (ed.): *Retrieving Women's History: Changing Perceptions of the Role of Women in Politics and Society*, Oxford-París, Berg-Unesco, 1988.

<sup>14</sup> Denise RILEY: *Am I that Name? Feminism and the Category of Women in History*, Londres, The Macmillan Press, 1988, y Joan W. SCOTT: «Introduction», en *Gender and the Politics of History. Revised edition*, Nueva York, Columbia University Press, 1999, pp. 1-11, e ID.: «The Evidence of the Experience», *Critical Inquiry*, 7-4 (1991), pp. 773-797.

cia femenina. La traducción en la práctica, una vez superados los «duros» debates en torno a la formulación postestructuralista del género, ha sido que visibilizar ya no es tanto rescatar a esas mujeres que fueron como nosotras y con las que nos identificamos o sacar a la luz sus experiencias no mediadas, sino mostrar cómo se construyeron esas subjetividades, en las que no siempre nos podemos reconocer, en el marco de unos contextos sociopolíticos pero también discursivos cuya especificidad histórica es muy relevante.

Está claro que continúa elaborándose una historia de las mujeres guiada por un objetivo más o menos explícito de visibilización de las mismas, por lo tanto, sigue siendo necesario y no se ha superado. Ahora bien, como se ha señalado, este propósito compensatorio que guía la visibilización se ha reformulado y complejizado, y es desde esa reformulación desde donde me parece que tenemos que evaluar la situación actual de la historia de las mujeres.

MARY NASH: Me parece pertinente recuperar el debate sobre la historia contributiva y su relevancia actual. Creo que hay que dar su reconocimiento debido a este enfoque historiográfico que fue decisivo en su momento para asentar las bases de conocimiento sobre el pasado de las mujeres. Al partir del silencio, la negación de la agencia historia de las mujeres y del desconocimiento, fue necesaria para asentar las bases de la actuación histórica de las mujeres como también de las fuentes inéditas que permitieron conocer su experiencia histórica. Esta labor de investigación se ha desarrollado hace tiempo en prácticamente todos los países del mundo. Así, esta tarea inicial fue una aportación fundamental para avanzar en la comprensión del papel histórico de las mujeres. En todo caso, aún quedan muchos temas y aspectos con un déficit de conocimientos. En este sentido, queda camino por recorrer.

Sin embargo, tal como se ha apuntado, la gran diferencia está en que esta puesta en escena de nuevos escenarios, de figuras desconocidas o de revaloración de procesos históricos en clave femenina se puede ahora acompañar del bagaje conceptual, las herramientas metodológicas y la visión crítica que cuarenta y cinco años o más de historia de las mujeres, del género y de la historiografía en general han aportado. Desde esta perspectiva, igual se puede pensar que estamos en una etapa de una historia post-contributiva en el sentido de vigencia de un enfoque historiográfico integrado en los de-

bates actuales, capaz de interpelar los cánones historiográficos establecidos pero con un enfoque de narrativa que desplaza el relato de la aportación subsidiaria de las mujeres a otra de su centralidad en las dinámicas históricas.

Otra dimensión en este debate es la pervivencia de una historia contributiva de las mujeres que tiene un gran éxito entre el público y que aún se mueve en los parámetros de una narrativa histórica tradicional. Considero que como historiadoras/es del mundo académico nos interesa la transmisión de los conocimientos históricos más allá de sus fronteras. Así, la pregunta sería si esta historia post-contributiva pero de una narrativa histórica accesible es relevante para la transferencia del conocimiento histórico revisado al gran público. ¿Se trata de nuestro cometido?

DOLORES RAMOS: Respondiendo a Mary Nash, pienso que extender fuera de los límites del mundo académico esa «historia post-contributiva», que participa de los debates historiográficos actuales, a los que contamina, por otra parte, con sus conceptos, propuestas y métodos, es uno de nuestros cometidos. Pero, a mi juicio, hay una cuestión de vital importancia ligada a dicho objetivo: cómo escribir la historia de las mujeres. Se trata sin duda de una cuestión «política». Volvemos a la vieja y a la vez renovada cuestión que plantea la necesidad de transmitir el conocimiento histórico al público no especialista. En este sentido, el retorno a la narrativa y a los aspectos cualitativos, o el rearme que ha conocido la biografía, han dejado una importante huella. El libro de Natalie Zemon Davis *Mujeres de los márgenes* constituye una muestra de cómo se puede «democratizar» la escritura de la historia. Baste recordar que el prólogo rompe las normas al uso, al plantear el diálogo ficticio de las tres protagonistas: Marie de l'Incarnation, Glikl bas Judah Leib y Maria Sibylla Merian ¿Podría haber imaginado la autora un pórtico de entrada a la vida de estas tres mujeres del siglo XVII más sorprendente, inquietante y hermoso? Pregunto...

INMACULADA BLASCO: Estoy de acuerdo con las dos, tanto en la importancia del reconocimiento de la historia «contributiva» como en la necesaria transmisión del conocimiento histórico más allá de la academia. Añadiría, acerca de la primera cuestión, que la historia que visibiliza ha sido muchas veces algo más que una contri-

bución en el sentido de un añadido sin modificar la interpretación prevaleciente, al estilo del tan conocido «¿Tuvieron las mujeres Renacimiento?»<sup>15</sup>.

Lo segundo me resulta, si soy sincera, algo más complejo. Creo que hay que ir más allá de nuestros ámbitos universitarios, pero esa transferencia se realiza por vías mucho más diversas de lo que entendemos tradicionalmente por llegar al gran público, como por ejemplo a través de nuestro alumnado, que luego van a convertirse en profesores/as de enseñanza secundaria (bueno, esto en el idílico mundo pre-crisis) y en ciudadanos/as. Por supuesto que el trabajo de Natalie Zemon Davis es modélico en este sentido, porque conserva todo el rigor que su enfoque exige. ¿Se puede hacer lo mismo desde otros enfoques teórico-metodológicos en torno a los cuales ronda el aura de ininteligibilidad? Otra pregunta que me planteo es si en ese proceso de transmisión a un público no especializado se pierde, no ya el rigor, sino el significado de lo que queremos transmitir, independientemente de que valoremos que merece la pena hacerlo y que forma parte de nuestra tarea.

RICHARD CLEMINSON: Este debate me ha dado mucho para reflexionar, y mis comentarios se van a servir de unos ejemplos. Entré en el tipo de investigación académica que voy llevando a cabo durante cierto periodo mediante dos vías o tradiciones académicas —una bien establecida y la otra emergente—. La una, la historia de las mujeres y las teorizaciones en torno al género y, la otra, la emergente teoría de la sexualidad, sobre todo la sexualidad marginalizada. Ambas me han ayudado a concretar lo que ha sido para mí una tarea importante: la capacidad de centrarme en un objeto de la investigación (el género, la sexualidad) y de interrogarlo críticamente. En este sentido, para mi trabajo, las herramientas que nos permiten «deconstruir» las categorías me han sido esenciales.

Mientras que la historia de las mujeres, la «contributiva», entre otras, ha ayudado a identificar la temática de investigación y ha contribuido enormemente a incidir en lo social (sin que debiéramos

---

<sup>15</sup> Joan KELLY: «¿Tuvieron las mujeres renacimiento?», en James AMELANG y Mary NASH (comps.): *Historia y género: las mujeres en la historia moderna y contemporánea*, Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, 1990, pp. 93-126 (1.ª ed., inglés, 1977).

pensar que los campos estén separados), se ha visto pronto desbordada por ella misma y por otros campos por un deseo de situar históricamente y en la actualidad lo que se entiende por «mujer». Es decir, desencalzando esta categoría y haciéndola inteligible como un constructo histórico y social. Para mí, esta capacidad de la obra de Zemon Davis, por ejemplo, de «emplazamiento» de las subjetividades, sin negar que existen y sin negar, por supuesto, que tienen efectos muy reales, me ha ayudado a entender cómo las divisiones de género, sexo y sexualidad operan en el mundo.

Dos ejemplos actuales que muestran este tipo de acercamiento actual e histórico expresan bien las tensiones que estos posicionamientos pueden producir: la recepción pública de la película *Suffragistas* ha abierto toda una reflexión acerca del papel de la mujer en el pasado, el valor o no del voto, de la intervención de las mujeres en la política, de críticas hacia el machismo y el masculinismo. Los cines aquí, en Gran Bretaña, han estado llenos y se ha generado un debate continuo desde una óptica que, aunque entiende que la categoría «mujer» existe y existió, también reconoce que las características de «ser mujer» y, por ende, de «ser hombre», pueden cambiar.

El segundo ejemplo es más polémico. Hay un movimiento, que no apoyo, que desea impedir a la historiadora y feminista australiana Germaine Greer hablar en los campus británicos por sus comentarios en torno a la cuestión *trans*. Por lo que se entiende, Greer ha dicho que por mucho que se opere un hombre, nunca será mujer. Los colectivos *trans*, entre otros, de las universidades están indignados; hay otros sectores que bajo el libre pensamiento apoyan a Greer. Lo que me parece interesante es que se está bajando aquí la posibilidad de entrar críticamente en la consideración de las categorías que gobiernan tanto nuestras vidas y de intentar «resolverlas» desde una posición que, aun reconociendo las especificidades, intenta caminar hacia la disolución de las propias categorías.

*AYER*: La siguiente pregunta está relacionada con algunas cuestiones que venís señalando. Durante tiempo existió el temor de que la historia de género se convirtiera en una versión más amable, pero también menos crítica e incisiva que la historia de las mujeres. Aquel debate de entonces se ha venido haciendo incluso más com-

plejo. En un congreso reciente de la Asociación Española de Investigación de Historia de las Mujeres (AEIHM) se señaló al concepto de género como blanco de los ataques de los sectores más conservadores, desde donde se han acuñado términos como el de «ideología de género», destructora de la familia, y se ha arremetido entre otras cosas contra un concepto de identidad sexual que dependería únicamente de las «inclinaciones y deseos de cada individuo». Visto ahora en su conjunto, ¿qué evaluación hacéis de la capacidad crítica de este concepto de género para la historia?

DOLORES RAMOS: La pregunta admite muchísimos matices. Con la noción de género nos instalamos en los años ochenta en una «revolución» conceptual y metodológica que contribuyó a arrinconar las lecturas naturalistas de la diferencia sexual y los esencialismos. Evidentemente, el concepto clarificaba los mecanismos de poder del patriarcado, para mostrarlo en sus aspectos más brutales o refinados, puntuales y cambiantes. Se visibilizaban así las desequilibradas relaciones de poder entre hombres y mujeres, relaciones de privilegio masculino, por utilizar la terminología de Fernández Enguita<sup>16</sup>, a lo largo de la historia. El concepto, por su carácter relacional, no sólo facilitaría diferentes análisis de los registros históricos femeninos y masculinos, sino que renovarían la disciplina en general, al vincularse a otras categorías y proporcionar nuevas interpretaciones sobre la ciudadanía, la clase social, la nación, el Estado, las identidades, lo público/privado, o la interacción entre virtud individual y moral colectiva, por citar algunos ejemplos.

Ahora bien, respondiendo a la pregunta sobre el carácter subversivo, o no, del género en la actualidad, habría que plantear algunas cuestiones. En primer lugar, hay que reconocer que el término se ha convertido en nudo o punto de reflexión de numerosas temáticas y que ha desbordado ampliamente las fronteras de las humanidades y las ciencias sociales, para inundarlo todo. Hoy se habla de políticas de género, variables de género, lecturas de género, cuestiones de género..., pero ¿con qué significados? Sabemos que en determinados ámbitos se ha sustituido el término «mujeres» por el de

---

<sup>16</sup> Mariano FERNÁNDEZ ENGUITA: «El marxismo y las relaciones de género», en M. Ángeles DURÁN (ed.): *Mujeres y hombres en la formación del pensamiento sociológico*, Madrid, CIS, 1996, pp. 37-58.

«género», perdiendo este su carácter relacional e invisibilizando la historia «propia», genérica podríamos decir, de los hombres, que en gran medida está por construir. Por otra parte, el consenso académico y «científico» obtenido ha vuelto un tanto opaco el «fantasma» que recorría el mundo en los años setenta: el feminismo, los feminismos como pensamiento crítico, sus discursos y prácticas sociales y, por extensión, la historia feminista. En tercer lugar, y mientras desde algunos sectores se «descafeinaba» el concepto género, desde otros se lanzaban duras diatribas contra las feministas que lo habían «secuestrado», señalando las consecuencias subversivas de ese rapto. Ya en las sesiones preparatorias de la Cuarta Conferencia Mundial de Mujeres de Pekín, celebrada en 1995, se alzaron voces para denunciar que los valores familiares y la moralidad estaban siendo atacados por mujeres, hombres, homosexuales, bisexuales y transexuales, según recuerda la propia Scott en el Prefacio de la edición española de *Género e Historia*<sup>17</sup>. Apreciaciones negativas que se mantienen en ciertos ámbitos en la actualidad, como se apunta en la pregunta.

INMACULADA BLASCO: Gracias, Lola, por empezar respondiendo a una cuestión que exigiría un análisis histórico pormenorizado, pues la pregunta que suscita es la de qué ha pasado con las herramientas analíticas de la historiografía feminista en los últimos cuarenta años. Totalmente de acuerdo con tus apreciaciones sobre el uso popular y político del concepto, que, en gran medida, se asienta sobre una gran indefinición y carece de consenso si analizamos lo que significa para diferentes sectores y personas.

Otra consideración que quería introducir es que no creo que se pueda establecer con claridad un relato historiográfico por fases (esto lo digo por mí para empezar, que tiendo a partir de este esquema): primero fue la historia de las mujeres y luego la del género. Los intentos de conceptualizar el género son parte de la historia de las mujeres y están en las discusiones y debates desde el principio (Kelly o Davis en 1976), como lo están en la teoría feminista en general (Millet en 1970)<sup>18</sup>. No obstante, la relación en-

---

<sup>17</sup> Joan W. SCOTT: *Género e Historia...*, p. 15.

<sup>18</sup> Kate MILLET: *Política sexual*, México, Aguilar, 1975 (1.ª ed., inglés, 1970); Joan KELLY: «The Social Relations of the Sexes: Methodological Implications of

tre historia de las mujeres e historia de género ha transcurrido, en la práctica, entre la mimesis y la tensión. Esta última deriva, en gran medida, del choque entre el objetivo de visibilización (si retomamos anteriores cuestiones surgidas en esta discusión), por una parte, y de deconstrucción de categorías «impuestas», por otra (que remite, me parece, a la paradoja feminista que Joan Scott tan bien ha analizado)<sup>19</sup>.

El concepto de género ha sido central para mi aproximación al análisis del pasado y del presente. Me ha permitido reflexionar sobre el carácter históricamente cambiante de las categorías sexuales, pero también acerca de la insuficiencia de las explicaciones fundamentadas en el modelo teórico de la historia social. Recuerdo que mi fascinación inicial radicaba en que impulsaría la transformación, por parte de los estudios feministas, de los paradigmas existentes. No obstante, al encajar mejor en la terminología académica, en la medida en que parecía más neutral y objetivo que «mujeres», pudo ser recibido, en los ochenta, como una categoría analítica que no sólo posibilitaba una mayor aceptación de los mismos, sino que establecía un cierto distanciamiento de la política feminista. Pero, además, también suscitó ciertos recelos porque introducía un desplazamiento del objeto y sujeto de estudio, y, desde su comprensión postestructuralista, cuestionaba la categoría *mujeres* tal y cómo se significaba en gran parte de la historiografía feminista.

En realidad, la capacidad crítica del «género» reside, a mi modo de ver, en su resignificación constante. En los setenta y parte de los ochenta género vino a llamar la atención sobre el constructo cultural frente al determinismo biológico implícito en el uso del término «sexo», y sobre la relación entre hombres y mujeres frente a la *her-story*. Y a partir de finales del ochenta, lo que ha puesto sobre la mesa es que la oposición entre sexo (naturaleza) y género (constructo social) es en sí misma una forma de conocimiento histórica, que la «naturaleza» y el «sexo» tienen también historia. Y, por lo tanto, que la idea de que la naturaleza humana se divide en

---

Women's History», en *Women, History and Theory: the Essays of Joan Kelly*, Chicago, Chicago University Press, 1984, pp. 1-19, y Natalie Z. DAVIS: «Women's History in Transition. The European Case», *Feminist Studies*, 3-3 (1975), pp. 83-103.

<sup>19</sup> Joan W. SCOTT: *Only Paradoxes to Offer. French Feminists and the Rights of Man*, Cambridge-Londres, Harvard University Press, 1996.

dos sexos, hombres y mujeres, es también fruto de, recurriendo a Foucault, un determinado régimen de verdad. Creo que, si somos capaces de incorporar en nuestros análisis históricos estas resignificaciones del «género» —lo que supone cuestionar el carácter natural y evidente de la diferencia entre hombres y mujeres—, esta categoría puede seguir teniendo potencial crítico.

DOLORES RAMOS: Cierto. El relato historiográfico por fases peca de linealidad y puede ser mecanicista. La conceptualización del género no es algo que surja por generación espontánea a finales de los años setenta; forma parte de la historia de las mujeres y de la teoría feminista, de sus debates. No puede entenderse, estoy de acuerdo, sin las aportaciones de Kelly, Zemon Davis y Millet. No puede entenderse, tampoco, sin la obra y la praxis política de Simone de Beauvoir, una de las grandes precursoras del feminismo de los años sesenta, al que se sumaría en 1968 como militante del Movimiento de Liberación de las Mujeres (MLF). No sólo su libro *El segundo sexo*, un texto feminista clásico, sino su narrativa, sus tramas y arquetipos literarios destilan aportaciones muy precisas para entender cómo se construye el género. El análisis de la tensión dialéctica surgida en la construcción sociocultural de la feminidad y la masculinidad es para mí uno de los aspectos más importantes de la citada categoría. Otro aspecto fundamental sería, como señala Inmaculada Blasco, su potencial crítico y su capacidad de resignificación continua.

MARY NASH: La problemática asociada con el género es muy compleja y requiere matices, como señala Lola Ramos, y un marco contextual tanto cronológico como de las réplicas al respecto. A mi modo de ver, la introducción del género como categoría de análisis histórico propuesta por Scott, Rubin, Zemon Davis y otras estudiosas<sup>20</sup> fue un revulsivo, ya que proporcionó herramientas analíticas complejas que permitieron desenmascarar las múltiples facetas e instancias de las relaciones de poder de género, así como desensenzializar la subalternidad femenina y las dinámicas de la jerarquía de género.

---

<sup>20</sup> Gayle S. RUBIN: «The Traffic in Women: Notes on the “Political Economy” of Sex», en Rayna REITER (ed.): *Toward an Anthropology of Women*, Nueva York, Monthly Review Press, 1975, pp. 157-210.

En segundo lugar, significó un cierto giro en la historia de las mujeres al propiciar un marco interpretativo que permitió abarcar la historia de las mujeres desde la perspectiva más amplia de las relaciones de género. De este modo, facilitó el paso de una historia contributiva focalizada en las mujeres como sujetos históricos a un análisis crítico de las implicaciones de la jerarquía de género en los considerados entonces como los grandes temas de la historia. En todo caso, hay que recordar que las voces críticas hacia el género que se apuntan en la pregunta también se señalaron desde los inicios en clave feminista al expresar el temor que el enfoque de género podría desplazar a las mujeres en la explicación histórica, temores que no se concretaron entonces.

En la actualidad, este debate se ha trasladado a otros marcos, como se señala en la pregunta y ha remarcado Lola Ramos. Aquí quería apuntar uno más, el debate en un contexto postcolonial. A modo de ejemplo, frente a las prácticas públicas de género ya arraigadas en el mundo, algunas voces feministas indígenas de Bolivia, como la de Julieta Paredes de *Mujeres Creando*, sitúan su visión del género en contextos geográficos y culturales de relaciones de poder neoliberal, Norte/Sur. Parten de la idea de descolonizar cualquier comprensión del género en clave de predominio del Norte y de su resignificación en términos de las culturas indígenas y del feminismo comunitario anticolonial.

Respecto a la pregunta sobre el concepto de género como blanco de los ataques de los sectores más conservadores, creo que apunta a su éxito y la trasfencia del concepto —aunque a veces en su modalidad normativa «descafeinada»— más allá de las disciplinas académicas a las instituciones públicas y a la sociedad. En esta línea, cabe plantear cómo este concepto formulado por mujeres académicas organizó un conocimiento nuevo capaz de interpelar las relaciones de poder entre hombres y mujeres y los cánones establecidos de género. Al evidenciar mecanismos, prácticas discriminatorias, conductas abusivas o de violencia e instituciones como el Estado o la familia en un trato desigual hacia las mujeres, el género ofreció un conocimiento que transformó creencias colectivas hegemónicas asentadas sobre esta jerarquía. Los ataques de los sectores más conservadores al género como motor destructor de la familia son un testimonio de su reconocimiento social, por una parte, y también de la transformación interpretativa del género en el momento actual, tema de otro debate.

*AYER*: ¿Cómo valoráis los estudios de las masculinidades en relación con la historia de género?

INMACULADA BLASCO: En realidad, la historia de género, si atendemos a esas primeras definiciones culturales de género que reclamaban una investigación en clave relacional, debería ser también una historia de las masculinidades. Pero no estoy del todo segura de que el género nos obligue a tratar ambos sexos, pues entiendo que se puede hacer historia de género analizando solamente el sujeto histórico mujer. En caso de hacerlo, de abordar el estudio histórico de la masculinidad, tan importante como desenzimar a las mujeres es hacerlo con los hombres y con otras categorías de clasificación sexual. Aunque, en este terreno, las prevenciones serían las mismas que en el caso de la historia de las mujeres y en la historia de género que se ha centrado en el análisis histórico de las nociones de feminidad: la historización de la propia masculinidad como criterio de identificación social y su potencial inserción en representaciones binarias, únicas o múltiples de la identidad sexual. Otra de las cuestiones, que ya se suscitó con la propuesta de aplicar el género a la investigación histórica en calidad de categoría relacional, sería la de si hay que afrontar el estudio de la construcción de las masculinidades y las feminidades como procesos que siempre suceden de manera interrelacionada, con lo cual el resultado no sería el de dos campos de investigación separados. Un ejemplo de que esa interrelación existió podría ser el que me ocupa ahora: ¿cómo se influyeron mutuamente las nociones de feminidad y de masculinidad en el catolicismo español en la crisis de fin de siglo y cómo esto dio lugar a unos sujetos políticos que nutrieron el movimiento católico?

En todo caso, para la historiografía española, y he de reconocer que particularmente en mi caso, no hemos hecho más que adentrarnos en un terreno que percibo como muy fructífero, sobre todo si aprovechamos los debates que desde hace años nos ofrecen las historiografías europea y angloamericana.

DOLORES RAMOS: Esta pregunta flotaba en el diálogo mantenido en días anteriores, ya que la interpretación relacional del género amplía la visión de los procesos históricos e invita a analizar la construcción sociocultural de las masculinidades y los roles desempeñados por los hombres en los espacios públicos y privados.

Pienso que ahí surgen perspectivas innovadoras no sólo para la historia de género, sino para la historia de la humanidad. Perspectivas que muestran, a mi juicio, los numerosos significados de las experiencias históricas masculinas, las imágenes sociales de la virilidad, las lecturas sobre las relaciones entre cuerpos masculinos y cuerpo social, el reparto de roles, los usos del tiempo, las figuras del padre, las reinterpretaciones del poder, la guerra y la paz, las prácticas sexuales y el control de la natalidad.

Sin embargo, frente al interés que plantean estas cuestiones, la historiografía española permaneció, por lo general, ajena a ellas, aunque han surgido en los últimos años estudios excelentes como los de Nerea Aresti<sup>21</sup>, que son obras de referencia ineludible, y brillantes aportaciones sobre la construcción/deconstrucción de las sexualidades masculinas, entre las que se cuentan los trabajos de Francisco Vázquez y Richard Cleminson<sup>22</sup>. Incluyo aquí también, por su carácter pionero, el coloquio internacional organizado por Alberto Ramos Santana en la Universidad de Cádiz sobre las identidades masculinas en los siglos XVII-XIX, cuyas actas se editaron en 1997<sup>23</sup>.

Sin embargo, hemos permanecido, hasta muy recientemente, al margen de los debates planteados por Mosse sobre nacionalismo y sexualidad, y sobre las imágenes y la construcción de la masculinidad; lejos de las aportaciones de Nye sobre ejercicios de valor y códigos de honor masculinos; o de las de Gatens, sobre cuerpos, éticas, poder y corporalidad<sup>24</sup>. También la historia de las emociones cruzada con las masculinidades tendría mucho que aportar en este sentido... ¡Quedan tantas cosas por hacer!

---

<sup>21</sup> Nerea ARESTI: *Médicos, donjuanes y mujeres modernas: la evolución de los ideales de feminidad y masculinidad en el primer tercio del siglo XX*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 2001; *id.*: *Masculinidades en tela de juicio. Hombres y género en el primer tercio del siglo XX*, Madrid, Cátedra, 2010.

<sup>22</sup> Francisco VÁZQUEZ y Richard CLEMINSON: *Los invisibles. Una historia de la homosexualidad masculina en España, 1850-1939*, Granada, Comares, 2011.

<sup>23</sup> Alberto RAMOS SANTANA: *La identidad masculina en los siglos XVIII y XIX*, Cádiz, Universidad de Cádiz, 1997.

<sup>24</sup> George L. MOSSE: *The Image of Men: The Creation of Modern Masculinity*, Nueva York-Oxford, Oxford University Press, 1996; Robert A. NYE: *Masculinity and Male. Codes of Honor in Modern France*, Oxford, Oxford University Press, 1993, y Moira GATENS: *Imaginary Bodies: Ethics, Power and Corporeality*, Londres, Routledge, 1996.

MARY NASH: Desde los estudios clásicos de Mosse o Connell sobre las masculinidades desde hace más de dos décadas<sup>25</sup>, se han publicado múltiples trabajos de gran interés que han permitido una mayor comprensión de la relación histórica de los hombres y la masculinidad con respecto a las modalidades de género establecidas aunque, como se ha señalado, en el panorama historiográfico español es reciente su desarrollo.

De hecho, al entender la categoría de género como dinámica relacional de poder centrada en gran medida en las relaciones entre hombres y mujeres muchos trabajos sobre la historia de las mujeres y del género habían incluido el análisis de la masculinidad de manera subsidiaria para entender las dinámicas de poder de género. De este modo, los modelos normativos de la masculinidad se incorporaron en muchos estudios de historia de las mujeres y del género tanto en la historiografía internacional como en la española. Así, se estableció un canon de masculinidad hegemónica como punto paralelo de referencia en especial al referirse a la construcción de discursos sobre la femineidad o la domesticidad.

Este enfoque fue complementado con un cuestionamiento de este canon, icono de la masculinidad blanca occidental, en términos de clase, etnia, postcolonialismo y de género. Ya más en línea con los estudios de las masculinidades, este giro crítico aportó trabajos de referencia obligada que superaron una visión esencialista y deconstruyeron la noción de masculinidad desde la pluralidad. Quizá podríamos comparar su impacto con la revisión realizada por las estudiosas postcoloniales como Mohanty, Ahmed o Spivak respecto al canon femenino y feminista blanco occidental de la historia de las mujeres y del feminismo<sup>26</sup>. Este fructífero enfoque ha abierto horizontes interpretativos complejos sobre la variabilidad y plurali-

---

<sup>25</sup> Robert W. CONNELL: *Masculinities*, Berkeley, University of California Press, 1995, y George L. MOSSE: *Nationalism and Sexuality: Middle-class Morality and Sexual Norms in Modern Europe*, Madison, University of Wisconsin Press, 1985.

<sup>26</sup> Leila AHMED: *Women and Gender in Islam*, Londres, Yale University Press, 1992; Chandra Talpade MOHANTY, Anne RUSSO y Lourdes M. TORRES: *Third World Women and the Politics of Feminism*, Bloomington, Indiana University Press, 1991; Chandra Talpade MOHANTY: *Feminism without Borders: Decolonizing Theory, Practicing Solidarity*, Durham, NC, Duke University Press, 2003, y Gayatri SPIVAK: «¿Puede hablar el subalterno?», *Revista Colombiana de Antropología*, 39 (2003), pp. 297-364.

dad de los arquetipos de masculinidad, y su contestación y modificación en contextos históricos diferentes.

Si bien los estudios sobre la masculinidad han llegado con un desfase a la historiografía española, en este momento su auge ha permitido vislumbrar otro enfoque que ha desplazado la centralidad del estudio del orden de género desde la masculinidad a otro que se interroga en torno al significado de la masculinidad en relación con dinámicas políticas, culturales y sociales. En este sentido, ha habido aportaciones pioneras notables sobre la implicación de la construcción de las masculinidades con respecto a la Guerra Civil y el Estado franquista (Vincent), sobre su relación con la construcción de la identidad nacional, el discurso colonial español y las pérdidas de las colonias (Aresti, Torres)<sup>27</sup> o la masculinidad y la corporalidad en ámbitos de la cultura, el ocio y el deporte (Epps, Uría)<sup>28</sup>. Otra aportación muy significativa ha sido el desmantelamiento de la noción de una masculinidad hegemónica al introducir otras categorías como las sexualidades masculinas o la homosexualidad en la historiografía española. Los estudios de Cleminson y Vázquez son testimonio significativo de los avances en este último campo<sup>29</sup> como también la publicación del número monográfico de la misma revista *Ayer* (2012) titulado *Homosexualidades*.

En definitiva, se puede pensar que las masculinidades y las feminidades se configuran mutuamente en un orden de género, pero también desde la intersección de otras dinámicas. Sin embargo, para el desarrollo de la historia de género, el reto es mantener vivas interrogantes sobre esta conexión en todas las dimensiones históricas. El otro camino que aparece en algunos estudios de las masculinidades es conceder tal centralidad a la figura masculina que se aleja del todo de una perspectiva compartida de género.

---

<sup>27</sup> Nerea ARESTI: *Masculinidades...*; íd.: «A la nación por la masculinidad. Una mirada de género a la crisis del 98», y Gemma TORRES DELGADO: «Arquetipos masculinos en el discurso colonial español sobre Marruecos», ambos en Mary NASH (ed.): *Feminidades y masculinidades: arquetipos y prácticas de género*, Madrid, Alianza Editorial, 2014, pp. 47-74 y 75-102, respectivamente.

<sup>28</sup> Brad EPPS: «La mirada morbosa: la transgresión de los arquetipos en el cine de la Transición Española», en Mary NASH: *Feminidades y masculinidades...*, y Jorge URÍA: «Imágenes de la masculinidad. El fútbol español en los años veinte», *Ayer*, 72 (2008), pp. 121-155.

<sup>29</sup> Francisco VÁZQUEZ GARCÍA y Richard CLEMINSON: *Los invisibles...*

RICHARD CLEMINSON: Para mí, la gran innovación que han supuesto los estudios de la masculinidad ha sido una invitación continua a examinar no sólo los marcadores de género entre hombres y mujeres, como proceso vivo y cambiante, sino que ha permitido, además, la posibilidad de indagar históricamente en las variantes masculinas que han existido a lo largo del tiempo y simultáneamente.

De esta manera, estudios como los de Connell me han permitido entender cómo opera cierta desconexión entre sexo (supuestamente biológico), género y sexualidad, todas categorías ellas mismas hasta cierto grado que responden ante *performances* radicados en determinado momento histórico, como ha demostrado Nerea Aresti. Cuando digo desconexión, no quiero decir que no exista esa relación, sino que está en permanente construcción y con múltiples efectos.

Estos estudios nos han permitido entender cómo las masculinidades se construyen a veces *en contra de* ciertas expresiones de feminidad, dependiendo a la vez de ellas, y cómo lo femenino puede también usar ciertas representaciones de «masculinidad», como por ejemplo en figuras femeninas como Catalina de Erauso que se han vestido «de hombres» y que han cambiado de sexo. Esto es de gran relevancia para los movimientos sociales y de reivindicación sexual de hoy en día ya que se ha podido demostrar históricamente que esas categorías que la sociedad tiene internalizadas son construcciones susceptibles de cambiar.

Así, pueden usarse *performances* masculinas por parte de mujeres, lesbianas o no, para conseguir ciertos efectos, como han intuido Halberstam y Butler, permitiéndonos ver cómo es el género el que a menudo construye lo que es el sexo. Sin llamar a este planteamiento «liberador», me parece que es de gran utilidad para conseguir un grado más alto de igualdad entre las personas.

DOLORES RAMOS: Vuestras intervenciones muestran, efectivamente, que los estudios de las masculinidades se sitúan en un campo innovador y complejo, que puede ser contemplado desde diversas perspectivas y que adquiere relevancia, estoy de acuerdo con Richard Cleminson, en el marco de los movimientos sociales y de reivindicación sexual.

Teniendo en cuenta este segundo enfoque, no sólo se trata de debatir cómo se construyen las masculinidades a lo largo del tiempo,

secuencial y simultáneamente, en diferentes sociedades y culturas, sino de tener en cuenta los planteamientos liberadores, transformadores, reconocibles aquí y ahora, que podría tener, y tiene, ese conocimiento. Este doble objetivo, desde mi punto de vista, adquiere pleno sentido en relación con los estudios, más numerosos, de las feminidades, como se refleja en el libro coordinado recientemente por Mary Nash, *Feminidades y masculinidades. Arquetipos y prácticas de género*<sup>30</sup>, en el que se incluyen algunos de los estudios abordados en la historiografía española que ella cita. Especialmente significativa me parece la recuperación de las actuaciones y representaciones masculinas llevadas a cabo por las mujeres con la pretensión de incidir en el orden social y sexual. Por citar un ejemplo, siguiendo en la línea introducida por Richard Cleminson, el «transformismo» de Vita Sackville-West, autora de una documentada biografía sobre Juana de Arco, refleja la elección por parte de algunas mujeres de indumentarias, roles y actividades viriles dirigidas no sólo a romper las pautas de identidad femeninas socialmente aceptadas, sino a representarse y a rehacerse como lo «otro». Por otra parte, interesante también, las investigaciones sobre las violaciones de guerra (Brigitte Terrasson, por ejemplo) muestran el alcance de una práctica reiterada en las coyunturas bélicas y reflejan la presencia de mecanismos de reforzamiento de la «virilidad colectiva» por parte de los soldados y de cohesión de grupo en situaciones de crisis.

Para mí, la pregunta abre un debate sobre las masculinidades que reclama, más allá de lo que digamos aquí, la necesidad de organizar foros donde se contemplen estados de la cuestión, métodos, fuentes, líneas de trabajo y perspectivas comparadas... No sólo queda mucho por hacer, queda mucho por decir.

*AYER:* Llegamos ya al final de este debate y la última cuestión tiene un carácter abierto. ¿En qué punto se encuentra actualmente la historia de las mujeres y de género? ¿Cuáles son los principales problemas a los que se enfrenta? ¿Cómo pensáis que debemos encarar el futuro de este campo de la historia?

*MARY NASH:* Estoy de acuerdo con la revisión de la utilidad del género como categoría de análisis que sugirió Joan Scott al seña-

---

<sup>30</sup> Mary NASH (ed.): *Feminidades y masculinidades...*

lar que si bien ha devenido un término de uso popular y simplificador, su validez se mantiene mientras siga siendo una herramienta crítica capaz de cuestionar las relaciones entre los sexos, el significado conferido a los sexos y los mecanismos de poder. A pesar de su largo recorrido, la categoría analítica de género ha mostrado su maleabilidad y capacidad crítica. Los debates en torno al transgénero o postgénero de momento han tenido como punto de referencia al género. En otro terreno, no me convencen los argumentos de Wendy Brown respecto a la significación del feminismo más allá de las identidades de sexo y de género, en el sentido de una promesa muerta objeto de duelo por su fracaso histórico<sup>31</sup>.

Entre las cuestiones pendientes me parece necesario el continuo esfuerzo de historizar los sujetos históricos y las relaciones entre sujeción al poder/poderes y la subjetividad histórica. Asimismo, si bien habría que continuar en los estudios de los sistemas discursivos y de las representaciones, queda pendiente un desarrollo más sistemático del efecto de su plasmación en las prácticas históricas. Otro aspecto que encuentro crucial es reducir los horizontes configurativos de lo público y privado para discernir de manera más clara el protagonismo de las mujeres en los intersticios, en el *in between*, es decir, en el cruce de las fronteras entre público y privado. La revisión del espacio público en términos de lo personal y la reconceptualización de la clásica definición de la política en las obras de historia es otro ámbito para encarar el futuro de este campo de la historia.

La historia de las mujeres y del género siempre ha mostrado una capacidad de introducir nuevas áreas temáticas y objetos de estudio. Creo que el reto actual es evitar añadir más campos de estudio sin la aplicación del bagaje conceptual disponible que, en definitiva, permite repensar de manera crítica las dinámicas históricas. Las fluctuaciones en los recorridos historiográficos son interesantes, un ejemplo podría ser el interés inicial ya en los años 1970 y 1980 por temas relacionados con la sexualidad o la maternidad. Estos temas se han recuperado en el siglo XXI, pero lo significativo es la capacidad de formular otros interrogantes y otras categorías como las identidades sexuales, la configuración de personas sexuadas o la noción de *incardinación*.

---

<sup>31</sup> Wendy BROWN: *Edgework: Critical Essays on Knowledge and Politics*, Princeton-Oxford, Princeton University Press, 2005.

Por otra parte, me da la sensación que persiste una cierta paradoja, ya que la dicotomía cartesiana entre mente y cuerpo presente en la definición histórica de la identidad femenina sigue en gran medida en vigor. Estudiamos las biografías de las mujeres por la mayor parte a partir de sus escritos y discursos. Más difícil es el reto de acceder a un sujeto incardinado de cuerpo y mente a partir de las fuentes históricas disponibles.

El futuro de nuestro campo de estudio requiere además una mayor profundización en el estudio de las masculinidades y de las feminidades, y de su interrelación histórica. Por otra parte, el gran desarrollo de la teoría postcolonial y de los estudios subalternos no sólo es fundamental desde la perspectiva de una visión comparativa internacional, sino como herramienta crítica decisiva para el avance en nuestro campo de la historia.

INMACULADA BLASCO: Dado que Mary Nash ha hablado con carácter general, yo me centraré en la historiografía española. En mi opinión, si echamos la vista atrás, como en otros muchos ámbitos de estudios, la historia de las mujeres y del género goza de muy buena salud. Hemos incorporado nuevos conceptos y debates, hemos ampliado nuestro conocimiento acerca de las mujeres y las concepciones de género en el pasado, se ha consolidado una revista especializada, *Arenal*, que celebró en 2014 su vigésimo aniversario, así como una asociación que cumple ahora veinticinco años de existencia. Pero lo más importante, a mi modo de ver, es que los enfoques androcéntricos y las reflexiones en torno a la construcción histórica del sexo han ido calando entre las nuevas generaciones y no es inusual que jóvenes investigadores e investigadoras incorporen en sus análisis enfoques de género o tengan en cuenta a las mujeres como actores históricos de los procesos que analizan. También se ha producido un movimiento en el sentido de que equipos de investigación han incluido estas cuestiones en sus objetivos y preocupaciones, en parte gracias al esfuerzo de consolidación y de integración por parte de muchas historiadoras. Por otra parte, creo que hemos madurado en la capacidad de discusión con respecto a hace unos años, y que hemos generado debates no sólo al hilo de las discusiones procedentes del extranjero. Además, creo que sigue constituyendo un enfoque con un elevado contenido crítico hacia los cánones más tradicionales de la disciplina, con lo cual la aportación a

la transformación del conocimiento histórico contiene un potencial de gran valor y capacidad de renovación. Por último, señalaría la pluralidad de formas de hacer historia de las mujeres y de género, que para algunos puede significar una cierta desorientación o dispersión y para otros riqueza y florecimiento.

Los principales problemas a los que se enfrenta la historia de las mujeres y la historia de género derivan, a mi entender, de la tensión que sigue existiendo entre visibilización de las mujeres/protagonismo de las mismas y la búsqueda de cómo se construyen las jerarquías de género. Al menos en mi propio trabajo yo lo he experimentado así: cómo el énfasis en la visibilización (si se asume que las mujeres tienen características inherentes e identidades objetivas) puede llevar a considerar la diferencia sexual como natural, y la insistencia en el protagonismo femenino al oscurecimiento de las jerarquías. Por otra parte, si no hemos de perder de vista el análisis de la discriminación y la legitimación de las jerarquías, tampoco podemos volver a explicarlas a partir de unos intereses universales y absolutos. El reto está, creo, en situar históricamente los intereses e identidades de los actores históricos, no entenderlos como resultado de posiciones estructurales sino de significados que cambian históricamente. El camino más adecuado para ello es desentrañar las formas históricas (y sus causas) en que se articula el conocimiento sobre la diferencia sexual. Como decía Joan Scott en la edición revisada de su *Gender and the Politics of History*, conocimiento no son sólo ideas, sino también instituciones, estructuras, prácticas diarias, rituales, relaciones sociales, son formas de ordenar el mundo<sup>32</sup>. En este sentido, creo que los esfuerzos teóricos (y las guías de historiografías que desafían nuestra manera de ver el mundo, léase, por ejemplo, historia postcolonial) siguen siendo importantes y necesarios para la formulación de nuevas preguntas, para imaginar nuevas respuestas sobre el pasado y otras configuraciones identitarias en el presente.

DOLORES RAMOS: Pienso que la historia de las mujeres y de género se ha convertido en un instrumento imprescindible para analizar los significados de las relaciones de poder entre los sexos en el

---

<sup>32</sup> Joan W. SCOTT: *Gender...*, p. 2.

transcurso del tiempo e iluminar áreas desconocidas del pasado, sobre todo cuando sus propuestas se cruzan con otras variables analíticas como la clase social, la raza, las culturas políticas o la edad (el reciente dossier de Mónica Moreno y Bárbara Ortuño en la revista *Ayer, Género, juventud y compromiso*, podría constituir un ejemplo)<sup>33</sup>. Por otra parte, quiero recordar tres formulaciones que, a mi modo de ver, siguen presentes en los debates internacionales sobre las materias que abordamos: los efectos, todavía, del «giro» sobre las identidades; las posibilidades de reconstrucción del sujeto histórico, hecho que comporta poner en práctica un conjunto de revisiones críticas sobre el uso de las nociones «experiencia», «identidad», «cuerpo», «acción» y «emociones», desde perspectivas innovadoras y alejadas del eurocentrismo; y por último, la búsqueda de espacios donde se incluyan y dialoguen las metanarrativas y formas discursivas con el análisis de las prácticas sociales, revelando cómo los sujetos transcriben y transforman los discursos y las experiencias históricas en el marco de sociedades, coyunturas y situaciones específicas.

RICHARD CLEMINSON: Desde mi punto de vista, tal vez haya cuatro elementos, más bien prácticos, que sería interesante enfatizar.

Mi experiencia reciente al dar algunos cursos de doctorado en España y en Gran Bretaña muestra cómo entre ciertos/as estudiantes hay una gran aceptación de los planteamientos de género. En contraste, para muchos/as otros/as, no la hay, e incluso hay ignorancia en torno no sólo a los que podría ser un análisis de género, sino también a los usos y la aplicabilidad de tales análisis. Es necesario reafirmar una y otra vez lo que nos puede aportar «una perspectiva de género», sin reducir el ejercicio a esto, y cómo los estudios de género pueden enriquecer cualquier proceso investigador en cualquier campo de estudio.

En segundo lugar, debemos tener en cuenta que los estudios de género incluyen, dependiendo de los marcos institucionales disponibles, el estudio de la sexualidad o de las sexualidades. Este es uno de los enganches que más interesan a los/as estudiantes hoy en día. Gran parte del estudiantado entiende perfectamente que la sexuali-

---

<sup>33</sup> Mónica MORENO SECO y Bárbara ORTUÑO MARTÍNEZ (eds.): *Género, juventud y compromiso*, *Ayer*, 100 (2015).

dad es un tema que está suscitando un gran debate; lo que les falta, a menudo, son las herramientas para interrogarla. Sólo con plantear que, por ejemplo, la heterosexualidad, tal y como está entendida y practicada ahora, no ha existido desde siempre les ofrece un gran entendimiento acerca de la operación de la sexualidad y de la sociedad en su conjunto.

Aquí también hay una función política de los estudios de género, de la mujer y de la sexualidad: la posibilidad de desestabilizar las propias nociones de los que es hoy en día (y antaño) ser una mujer y un hombre.

Por último, los estudios de género, desde un marco interdisciplinar, pueden y deben ser incorporados en otras disciplinas para enriquecerlas, problematizarlas y proveer otras narrativas. Uno de los ejemplos de esto que más me ha impresionado en los últimos años ha sido el uso de los estudios de género en la arqueología, especialmente la histórica.

INMACULADA BLASCO: Aprovecho para expresar mi completo acuerdo con las últimas intervenciones. Me parece especialmente relevante la reflexión en torno a la conexión con el alumnado y a la capacidad desestabilizadora y crítica de nuestros conceptos, así como la apertura a los estudios postcoloniales, que nos abre la mirada a otras formas de ver el mundo.